



Misión Católica de Lengua Española

Thurgau-Schaffhausen

Freiestr. 10, 8570 Weinfelden
071 626 11 63 / 078 214 74 38
mcle@kath-tg.ch

Sacerdote: Javier Martín
Secretaria: M^a Amelia Di Pietro Neff

HOJA DOMINICAL SEMANAL #123 3 / 11 / 24

DOMINGO XXXI DEL TIEMPO ORDINARIO

HORARIO DE OFICINA

Martes, jueves y viernes:

8.00-12.30; 13.30-15.00

Miércoles: 17.00-20.00

MISAS

Todos los sábados

18.45 St. Maria, Schaffhausen

Domingos 1^o, 3^o y 5^o

10.30 Klösterli, Frauenfeld

12.15 St. Stefan, Kreuzlingen

Domingos 2^o y 4^o

9.30 Galluskapelle, Arbon

11.15 St. Stefan, Amriswil

CONFESIONES

Concertar cita con el Sacerdote

Pinceladas

“Permaneced, pues, en estos sentimientos y seguid el ejemplo del Señor, firmes e inquebrantables en la fe, amando a los hermanos, queriéndoos unos a otros, estando atentos unos al bien de los otros, no despreciando a nadie. Y cuando podáis hacer bien a alguien, no os echéis atrás”.

San Policarpo



La cantidad exagerada de preceptos humanos, dificulta al pueblo de Israel diferenciar entre lo principal y lo secundario. La pregunta del escriba quiere despejar esta duda: ¿Qué mandamiento es el primero de todos? (Mc 12,28). Y el Señor apunta al Deuteronomio, donde se establece el primero y más importante: escuchar y amar al Único Dios. Dos verbos estrechamente unidos. «Escuchar» es recordar la condición de criatura. Nuestros primeros padres dejaron de hacerlo y, sordos, en su soberbia, se escondieron de la presencia divina. La más alta idolatría de Israel será denunciada en estos términos por los profetas: pueblo de dura cerviz que ha dejado de escuchar y se ha enrocado en sus propios criterios. La falta de escucha conduce a erigirse como dueño y señor de sí mismo y de los demás, a suplantar el lugar del Creador. De ahí que solo el que escuche, esto es, el que acoja la palabra en sus entrañas y se deje atravesar por ella, podrá descubrir con asombro el amor de todo un Dios volcado hacia su criatura. Es entonces cuando, de modo natural, surge el movimiento humano de gratitud y correspondencia para con el Único Dueño: amarás al Señor, tu Dios, con todo tu corazón, con toda tu alma, con toda tu mente, con todo tu ser (Mc 12,30). El corazón, el alma y la mente sintetizan la totalidad de la persona: voluntad, espiritualidad e inteligencia. Todo cuanto soy lo he recibido de Él y con la totalidad de cuanto soy he de entregarme a Él a cada instante. Pero el Señor une al primero un segundo mandamiento: Amarás a tu prójimo como a ti mismo (Mc 12,31). Es la gran lección que Él nos da a lo largo de su vida pública y entrega final en cruz: se ofreció una vez para siempre para liberarnos del pecado y de la muerte eterna. Él nos amó en extremo, sin reservarse nada, siendo nuestro sumo sacerdote: santo, inocente, sin mancha, separado de los pecadores y encumbrado sobre el cielo (Heb 7,26). El amor del Padre quedó sellado en la entrega del Hijo por cada uno de nosotros. Dios se comprometió con su criatura hasta las últimas consecuencias. Este amor es el que somos invitados a gastar con los demás, pues quien no ama a su hermano, a quien ve, no puede amar a Dios, a quien no ve (1Jn 4,20). Pero hay un detalle crucial. ¿Por qué nos cuesta amar a nuestros próximos?, y más aún, ¿por qué tanto a nuestros enemigos, a cuantos nos quieren mal y nos lo manifiestan de palabra u obra? Porque no nos amamos a nosotros mismos. El versículo del aleluya nos da la clave: El que me ama guardará mi palabra y mi Padre lo amará, y vendremos a él y haremos morada en él (Jn 14,23). Cuando uno escucha y saborea esta verdad, comienza a amarse con la mirada divina, se acepta con sus límites y sus fortalezas. Entonces es posible el milagro de amar a los demás como a uno mismo. El que se posee, puede entregarse sin reservas, sin contrapartidas, al modo de Cristo, gratuita y libremente.

Ampliando conocimientos:

9 de noviembre: "Fiesta de la dedicación de la Basílica de Letrán"



Basílica de Letrán, basílica del Salvador, basílica de San Juan de Letrán..., catedral de Roma, «madre de todas las iglesias de la Urbe y del Orbe»..., son los nombres más significativos de la iglesia más venerable de la cristiandad, dedicada inicialmente a Jesucristo Salvador y posteriormente a San Juan Bautista y a San Juan Evangelista. Consagrada en el año 324, desde el siglo XII toda la Iglesia, unida al Papa, celebra el 9 de noviembre la dedicación de la primera catedral de la Iglesia.

A partir del histórico Edicto de Milán del año 313 a favor de la libertad religiosa y de la presencia del cristianismo en la vida pública, con la paz constantiniana comenzaba para la Iglesia una era de bonanza tras las terribles persecuciones que había padecido.

Uno de los favores que la Iglesia recibió del emperador Constantino, hijo de Santa Elena, fue la donación del palacio de Letrán, que se constituyó en sede apostólica. [...] A través de los siglos, la vida cristiana de la ciudad de Roma, y de todo el mundo, ha estado unida a la basílica de Letrán, inicialmente dedicada al Salvador, y, en tiempos de San Gregorio Magno (540-604), a los santos Juanes del Evangelio: Juan Bautista y Juan Evangelista. De ahí el nombre popular de «San Juan de Letrán». En Letrán estuvo inicialmente la Cátedra de Pedro en Roma. En Letrán se celebraron cinco concilios ecuménicos: los primeros que se celebraban en Occidente, en los años 1123, 1139, 1179, 1215 y 1512. En 1300, el papa Bonifacio VIII proclamaba en Letrán el primer Año Santo del cristianismo. En Letrán recibió Inocencio III a los grandes fundadores Francisco de Asís y Domingo de Guzmán y aprobó las órdenes de los Menores y de los Predicadores, que, según sueños del papa, serían las fuerzas espirituales que fortalecerían la situación debilitada de la basílica de Letrán, símbolo de la Iglesia. La indiscutible preeminencia de Letrán en la vida eclesial duró hasta que el Papa francés Clemente V trasladó la sede pontificia a Aviñón en 1309. Allí permanecerían los Papas hasta 1378, año en que Gregorio XI, siguiendo los consejos de Santa Catalina de Siena, volvió a Roma. Haciéndose eco del sentir de los cristianos de Roma —y del mundo, Petrarca escribía al papa Clemente VI en 1350: Padre misericordioso, ¿con qué tranquilidad puedes dormir blandamente en las riberas del Ródano, bajo el artesonado de tus doradas habitaciones, mientras que Letrán se está desmoronando, y la madre de todas las iglesias, carente de techumbre, está a merced de lluvias y vendavales?

Los visitantes y peregrinos que llegan a Letrán pueden leer en el frontispicio de la gran basílica: Por derecho papal e imperial, se ordenó que yo fuera la madre de todas las iglesias. Cuando se terminó mi construcción, determinaron dedicarme al Divino Salvador, dador del Reino Celestial. Por nuestra parte, oh Cristo, a ti nos dirigimos con humilde súplica para pedirte que de este templo ilustre hagas tu residencia gloriosa.

Con ser importantes los tesoros de arte e historia de la basílica de Letrán, la celebración de su dedicación no intenta quedarse embelesada ante el templo de piedra y oro. "Celebrar la dedicación de la iglesia madre de todas las iglesias es una invitación a los cristianos de la Iglesia universal a vivir la unidad de fe y de amor, para ser piedras vivas en la construcción de la Jerusalén celeste, la Iglesia sin mancha ni arruga, cuyo templo, altar y víctima es Jesucristo, el Cordero inmaculado".

DOMINGO XXXI DEL TIEMPO ORDINARIO

Lectura del Deuteronomio

Moisés habló al pueblo diciendo:

«Teme al Señor, tu Dios, tú, tus hijos y nietos, y observa todos sus mandatos y preceptos, que yo te mando, todos los días de tu vida, a fin de que se prolonguen tus días. Escucha, pues, Israel, y esmérate en practicarlos, a fin de que te vaya bien y te multipliques, como te prometió el Señor, Dios de tus padres, en la tierra que mana leche y miel.

Escucha, Israel: El Señor es nuestro Dios, el Señor es uno solo. Amarás, pues, al Señor, tu Dios, con todo tu corazón, con toda tu alma y con todas tus fuerzas.

Estas palabras que yo te mando hoy estarán en tu corazón».

Palabra de Dios / Te alabamos Señor

Salmo resposorial

R. Yo te amo, Señor, tú eres mi fortaleza.

Yo te amo, Señor; tú eres mi fortaleza;
Señor, mi roca, mi alcázar, mi libertador. **R/.**

Dios mío, peña mía, refugio mío,
escudo mío, mi fuerza salvadora, mi baluarte.
Invoco al Señor de mi alabanza
y quedo libre de mis enemigos. **R/.**

Viva el Señor, bendita sea mi Roca,
sea ensalzado mi Dios y Salvador:
Tú diste gran victoria a tu rey,
tuviste misericordia de tu ungido. **R/.**

Lectura de la carta a los Hebreos

Hermanos:

Ha habido multitud de sacerdotes de la anterior Alianza, porque la muerte les impedía permanecer; en cambio, Jesús, como permanece para siempre, tiene el sacerdocio que no pasa. De ahí que puede salvar definitivamente a los que se acercan a Dios por medio de él, pues vive siempre para interceder a favor de ellos.

Y tal convenía que fuese nuestro sumo sacerdote: santo, inocente, sin mancha, separado de los pecadores y encumbrado sobre el cielo.

Él no necesita ofrecer sacrificios cada día como los sumos sacerdotes, que ofrecían primero por los propios pecados, después por los del pueblo, porque lo hizo de una vez para siempre, ofreciéndose a sí mismo.

En efecto, la ley hace sumos sacerdotes a hombres llenos de debilidades. En cambio, la palabra del juramento, posterior a la ley, consagra al Hijo, perfecto para siempre.

Palabra de Dios / Te alabamos Señor

Lectura del santo Evangelio según San Marcos

En aquel tiempo, un escriba se acercó a Jesús y le preguntó: «¿Qué mandamiento es el primero de todos?».

Respondió Jesús:

«El primero es: “Escucha, Israel, el Señor, nuestro Dios, es el único Señor: amarás al Señor, tu Dios, con todo tu corazón, con toda tu alma, con toda tu mente, con todo tu ser”. El segundo es este: “Amarás a tu prójimo como a ti mismo”. No hay mandamiento mayor que estos».

El escriba replicó:

«Muy bien, Maestro, sin duda tienes razón cuando dices que el Señor es uno solo y no hay otro fuera de él; y que amarlo con todo el corazón, con todo el entendimiento y con todo el ser, y amar al prójimo como a uno mismo vale más que todos los holocaustos y sacrificios».

Jesús, viendo que había respondido sensatamente, le dijo: «No estás lejos del reino de Dios».

Y nadie se atrevió a hacerle más preguntas.

Palabra del Señor / Gloria a Ti, Señor Jesús

Tablón de anuncios

Grupos de formación noviembre

Catequesis de adultos

Viernes 8 de noviembre, 18.30-20.00
Pfarreizentrum St. Stefan, Kreuzlingen

Sábado 9 de noviembre, 16.30-18.30
Pfarreizentrum St. Maria, Schaffhausen

El baúl de vidrios rotos



Érase una vez un anciano que había perdido a su esposa y vivía solo. Había trabajado duramente como sastre toda su vida, pero los infortunios lo habían dejado en bancarota, y era ya tan mayor que no podía trabajar.

Tenía tres hijos varones, los tres se habían casado, y estaban tan ocupados con su propia vida que sólo tenían tiempo para visitar a su padre una vez al mes. El anciano estaba cada vez más débil, y los hijos lo visitaban cada vez menos.

Pasó una noche en vela pensando qué sería de él y al fin trazó un plan.

Buscó un viejo baúl y lo llenó con vidrios rotos que pidió a un amigo cristalero. Y una vez cerrado, lo puso bajo la mesa de la cocina. Cuando sus hijos fueron a cenar, lo tocaron con los pies, y aprovechando que el padre salió de la cocina, se preguntaron unos a otros qué guardaría su padre en aquel baúl.

Lo empujaron y vieron que era muy pesado, y al golpearlo con los pies escucharon un curioso tintineo.

-Debe estar lleno con el oro que ahorró a lo largo de los años -susurraron.

Entonces acordaron que debían turnarse, una semana cada uno, para custodiar aquel preciado tesoro. Y así, sin pretenderlo, hicieron compañía a su padre y lo cuidaron. Pasados unos meses, el anciano padre enfermó y falleció.

Los hijos le hicieron un bonito funeral, pues sabían que una fortuna los aguardaba bajo la mesa de la cocina, y no tendrían problemas con los gastos. Terminado el funeral volvieron a la casa, buscaron la llave del baúl y lo abrieron. Por supuesto, lo único que encontraron fueron vidrios rotos.

-¡Qué triquiñuela infame! -exclamó el hijo mayor-. ¡Qué crueldad hacia sus hijos!

-Pero, ¿qué podía hacer? -preguntó tristemente el segundo hijo-. Seamos sinceros. De no haber sido por el cofre, lo habríamos descuidado hasta el final de sus días.

-Estoy avergonzado de mí mismo -sollozó el hijo menor-. Obligamos a nuestro padre a rebajarse al engaño, para que pudiera tenernos cerca. Pero el hijo mayor volcó el cofre para asegurarse de que no hubiera ningún objeto valioso oculto entre los vidrios. Los tres hermanos miraron silenciosamente dentro, donde leyeron una inscripción que el padre les había dejado en el fondo:

"Honrarás a tu padre y a tu madre."

Más información:

<https://www.mcle-tg-sh.ch/de>

